

El Espíritu Santo y sus 7 dones

¿De dónde proviene la enseñanza sobre los dones del Espíritu Santo? Su fundamento se encuentra en el profeta Isaías. En la sinagoga de Nazaret, Nuestro Señor abre el libro sagrado: *"El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha consagrado a mí, el Espíritu de fortaleza, el Espíritu del conocimiento, el Espíritu de la sabiduría... Antes de sentarse, Nuestro Señor comenta: " Hoy esta profecía se ha cumplido. »*



Pentecostés, miniatura de los Evangelios de Rabula (586)

Posteriormente, Cristo insiste muchas veces en que el Espíritu que nos envía es en realidad su Espíritu y, por tanto, un aliento divino. El Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, el mismo Espíritu unido a Nuestro Señor, es verdaderamente aquel que se nos comunica con sus 7 dones. Constituyen el septenario sagrado del que habla la secuencia de Pentecostés: *Da tuis fidelibus, in te confidentibus, Sacrum septenarium, " Da a tus fieles que confían en ti el septenario sagrado "*.

Ya hemos recibido el Espíritu Santo en nuestro bautismo porque la gracia santificadora, como dice Santo Tomás de Aquino, se llama *" la gracia de las virtudes y los dones "*. Siempre tiene como procesión las virtudes sobrenaturales: las tres virtudes teologales (Fe, Esperanza, Caridad) y las virtudes morales sobrenaturales (fuerza, justicia, prudencia, templanza).

El hombre, siendo un ser racional y libre, se dirige hacia el cielo por sus propias acciones. Pero el cielo no es alcanzable de forma natural sin ayuda divina. Esto es lo que Nuestro Señor dice a sus apóstoles: *"Sin mí no podéis hacer nada. Puedo levantarme o sentarme sin la ayuda de la gracia, pero sin ella no puedo hacer nada meritorio al cielo. Por tanto, debemos adquirir virtudes: es la perfección de nuestra naturaleza humana, de nuestro ser. Cada animal llega a su propia perfección por instinto.*

El hombre va a su propia perfección consciente y libremente: esta es nuestra dignidad como imágenes de Dios. Estas virtudes humanas, abundantemente descritas por los antiguos filósofos, corren el riesgo debido a las consecuencias

del pecado original, de no estar nunca profundamente establecido. Por eso Dios los sostiene con virtudes y dones impregnados de gracia.

Las virtudes humanas que se deben adquirir son como las de un deportista: por ejemplo, saber disparar con arco. El tirador entrena y cuanto más practique, más fácil será acertar en el blanco. Esta es la característica de la virtud: hace que nuestras acciones sean buenas, más sencillas y perfecciona al hombre virtuoso. El atleta, gracias al entrenamiento, ha adquirido así la virtud de buen arquero. Esto le permite acertar fácilmente a un objetivo dentro del alcance humano. Pero para acertar a un objetivo fuera de alcance, ¡su entrenamiento ya no es suficiente! Necesita la infusión de poder que le permita acertar a un objetivo inalcanzable para las fuerzas humanas. Es el papel de la virtud divina el que ayudará a la virtud adquirida; porque si no has adquirido virtud, el poder sobrenatural no sirve de nada. Por tanto, es necesario adquirir virtudes, pero también es necesario la gracia para que estas virtudes sean meritorias desde el cielo.

¿Y qué hay de los dones del Espíritu Santo en todo esto? Cuanto más lejos esté el objetivo, más elementos externos pueden interferir con el disparo. Lo mismo ocurre con nosotros: nuestra debilidad, nuestros pecados, nuestros defectos son causas que pueden perturbar el avance hacia el Cielo. Así vendrá el Espíritu Santo a corregir lo que es demasiado humano en nuestras virtudes. Por tanto, los dones del Espíritu Santo nos permiten elevarnos desde dentro y ser dóciles al aliento divino. Estamos mejor equipados con ellos. Pero si no hay acción libre y personal, entonces las donaciones son como velos que permanecen plegados. Entonces seríamos el marinero que querría cruzar el océano remando mientras él tiene velas.

Los dones del Espíritu Santo son 7 en total, el número de perfección en las Escrituras: consejo, temor, piedad, inteligencia, fuerza, conocimiento, sabiduría.

► **El concilio** apoya la virtud de la prudencia: dirigir toda la vida mediante la elección de medios proporcionales al propio fin. Quiero ir al Cielo, tengo que tomar los medios para hacerlo. Y tenemos muchas decisiones que tomar, decisiones más o menos importantes que tomar. Por lo tanto, debemos ser dóciles ante el consejo del Espíritu Santo, que no decidirá por nosotros, ese no es el objetivo, sino iluminarnos sobre las decisiones correctas. Actuará en oración, siguiendo el consejo de un sacerdote, etc. Por tanto, el don del consejo no es la pantalla de la indecisión, sino un apoyo sobrenatural a la virtud de la prudencia.

► **El temor a Dios** sostiene la voluntad de no amar a Dios por las razones equivocadas. No es un miedo servil (miedo al castigo

sino temor filial, es decir, el temor a ofender a Dios porque El es nuestro Padre. Es la perfección del amor no desear causar el más mínimo desagrado a Aquel que sabemos que es infinitamente amable para nosotros. Esto es lo que decimos en el acto de contrición. ¿Por qué tengo miedo de pecar? " *Porque Dios es infinitamente bueno e infinitamente amable, y el pecado le desagrada.* Por tanto, el don del miedo sostendrá nuestro impulso hacia el cielo haciéndonos amar a Dios de forma concreta y eficaz por las razones correctas.

► **La piedad** sostiene la virtud de la religión. En la misa, el Espíritu Santo ora con nosotros, dice San Pablo, con gemidos indescriptibles para hacernos reconocer la majestad de Dios. La piedad es ese buen hábito que los padres intentan desarrollar naturalmente en sus hijos: un sentido de gratitud y deber, de respeto y obediencia hacia quienes les debemos algo. Lo mismo ocurre con Dios. Debemos adorarlo y adorarlo como merecemos. Y para esto necesitamos entrar en el sacrificio de Jesucristo, porque nuestros sacrificios y oraciones por sí solos serían demasiado débiles e ineficaces. La piedad se expresa especialmente en el momento de la ofrenda: la pequeña gota de agua que derramamos es este don amoroso y filial de todos nosotros: la ofrenda de todo nuestro ser en el único amor de Cristo por su Padre.

► **El don de la inteligencia** no hace inteligentes a los débiles mentales. Sirve para sostener la virtud de la fe. Sigue siendo muy concreto. La virtud de la fe nos permite adherirnos a lo que Dios nos revela: " *Lo que me dices es verdad.* ¿Por qué es esto cierto? No por la obviedad de la afirmación. La Santísima Trinidad, por ejemplo, no es obvia. Si te digo, " $1 + 1 = 3$ ", tu mente está inquieta. ¿Entonces por qué puedo decir que las verdades de la Fe son ciertas? Porque Quien me dice esto no puede estar equivocado, es Cristo, el Hijo de Dios mismo. Aferrarse a una verdad es una cosa.

Por otro lado, penetrar en sus profundidades, sumergirse en el Misterio, solo puede ser obra del Espíritu Santo. Por ejemplo, cuando entiendes un punto de fe con nueva agudeza cuando lo has escuchado miles de veces, ¿de dónde viene? Proviene del don de la inteligencia que sostiene la fe. Así, los santos captan la revelación con más agudeza que los más grandes eruditos.

► **El don de la fuerza** es bastante evidente. Apoya la virtud de la fuerza, que no es fuerza física sino la fuerza moral necesaria ante las dificultades, y en particular en relación con el mayor obstáculo de nuestra vida, que es la muerte.

Todos los autores hablan de la fortaleza necesaria para comprometernos con la santidad y soportar las pruebas de manera cristiana. En su Pasión, por ejemplo, Nuestro Señor nos muestra la eficacia del don de la fuerza.

► **El don del conocimiento** nos hace ver las cosas de la tierra bajo la mirada de Dios. Desde el pecado original hemos tendido a ver a las personas, los acontecimientos, solo a través de nuestros ojos humanos. Por ejemplo, en el Evangelio, el episodio de la mujer adúltera. Los fariseos solo ven a esta mujer a través de una mirada humana y piden que la apedreen. Cristo no niega la realidad de su pecado, sino que la ve desde una mirada superior, a la luz misma de Dios. El Espíritu Santo nos enseña así a ver todas las cosas con el "ojo" de Dios. Aquel que no te siente simpatía, por quien no tienes mucho cariño, no es solo eso: es un alma salvada por la sangre de Jesucristo. Este pagano, quizá aún no sea cristiano, pero ¿qué me impide amarle y desearle lo mejor? Es posible si lo veo en los ojos de Dios.

► **El don de la sabiduría**, ligado a la caridad, nos hace probar, saborear a Dios y las cosas de Dios ("la sabiduría" proviene del latín "*sapere*" para saborear, para saborear). El Espíritu Santo nos enseña así a probar lo bueno que es el Señor y lo bueno que es todo en sí mismo. La sabiduría es la máxima gloria de los dones, así como la caridad es la reina de las virtudes. Nos sostiene en el camino hacia el Cielo, esparciendo en nosotros y a nuestro alrededor la dulce bondad de la Divina Misericordia.

Finalmente, es la secuencia de Pentecostés la que mejor nos permite percibir la acción muy concreta pero misteriosa de los dones. Todo sucede en lo más profundo de nuestras almas siempre que las abramos ampliamente al aliento del Espíritu.

*"Eres el Consolador más bueno, el
dulce huésped del alma,
El dulce refresco,*

*descansa en el trabajo,
alivio en el calor, consuelo en las
lágrimas. (...)*

*Lava lo que está profanado,
rega lo que está árido, sana lo
herido.*

*Ablanda lo que está rígido, calienta
lo frío, endereza lo que está
deformado. (...)*

*Da el mérito de la virtud, da
la salvación final,
Da alegría eterna. »*

1. La secuencia de Pentecostés es la canción que sigue (*Sequentia* significa "continuación" en latín) y extiende el verso del Aleluya durante la Misa de Pentecostés.